

Pensando la universalización de la enseñanza como un desafío pedagógico y democrático

Marisol Cabrera Sosa

Escribía en el siglo pasado Reina Reyes (1967:109) "El ideal democrático reclama igualdad de oportunidades para el desarrollo integral del ser humano en función de su dotación singular, y la actividad educativa debe coordinarse con la lucha social para hacer efectiva la igualdad de los hombres ante el derecho.

Acercarse a este ideal cultural es empresa por demás difícil. Pero en un momento en el cual, por los avances técnicos, el mundo que habita el hombre ha alcanzado unidad planetaria (...) la educación está obligada a orientarse hacia el logro de ese ideal, aún sabiendo que la tarea es extremadamente difícil".

Los docentes nos encontramos a caballo entre ese ideal democrático que busca la efectiva igualdad de los sujetos ante el derecho expreso y la dificultad de una tarea atravesada por dificultades que no solo implica el cambio producido en este capitalismo tardío sino que atañe a nuevas actitudes sociales y realidades económicas. En la agenda política se incluye como prioridad una demanda hacia la educación y se observa como boca de botella la educación media en ese pedido de apuesta a la transformación del Estado.

Los docentes observamos como ese rol desdibujado socialmente en el que aparece en este capitalismo tardío la figura del "facilitador de aprendizajes", de guía y de esa especie de testigo que observa como el sujeto solo aprende a través de las TIC. Es entonces, que muchas veces desde lo pedagógico se prioriza el cómo sin hacer énfasis en el por qué, para luego transitar en el qué y por último centrarnos en el cómo.

Este punto es medular si pensamos en la universalización de la educación, si apostamos como importantes agentes culturales que somos, a esa formación integral de un sujeto que sea capaz de cuestionar, de criticar y hasta rechazar una postura política (de polis-ciudad).

Pensar el por qué los docentes elegimos tal o cuál contenido es valioso como trasmisión y parte de una cultura, no debe implicar descuidar los contenidos y centrarnos simplemente en el método. Si entendemos método desde su acepción epistemológica adherimos a un camino hacia, en el que tendremos como profesionales tomar decisiones congruentes, comunicables y sustentables a través de pensar la teoría interrelacionada con la práctica.

¿Cómo integrar el ideal humano de acceso universal a la educación con una realidad económica muchas veces adversa?

Se sigue depositando en el sistema educativo y de eso sabemos los docentes "(...) una desmedida expectativa en que la escuela resolverá los problemas predominantes, como la delincuencia, la drogadicción y la desocupación. Los aspectos directamente vinculados al desarrollo intelectual quedan relegados a un segundo plano." (Jaim Etcheverry 1999: 51)

Los docentes siempre somos llamados a una especie de cruzada, sin embargo elegir esta profesión que como expresa Mierieu en su extensa bibliografía es estar expuesto a la sospecha, requiere un cierto grado de "locura necesaria". Esa locura que implica presentarnos todos los días frente al aula frente a un auditorio que lee de la sociedad un "pedagogismo igualitario [que] es, además compasivo: propone que los errores no se corrijan, que se privilegie un vago conocimiento "conceptual" y se evite enseñar lo que tiene apariencia de "regla" o "ley". Se devalúa el esfuerzo y la seriedad. Se desprecia lo exacto y lo correcto, que no sólo es fundamental para el aprendizaje sino también, para el desarrollo de la moralidad. Ese *laissez faire* resulta disparatado en la educación, una actividad que en esencia, consiste en "dictar" ejemplo en ejercer influencia, en despertar admiración" (Jaim Etcheverry: 1999: 140)

Es que tal vez deberíamos pensar en construir un decálogo en el que nos pusiéramos de acuerdo sobre el por qué elegir cuáles son los aspectos, que consideramos necesarios, ponernos de acuerdo para educar. Ponerlos por escrito y hacerlos públicos.

En lo personal, creo que teniendo en claro cuál es el horizonte común hacia donde queremos avanzar podemos efectivamente colaborar en el tránsito hacia una universalización real de la educación, y digo colaborar porque la responsabilidad es en parte nuestra, pero la contracara debe ser asumida por la sociedad en su conjunto responsabilizándose cada uno de lo que nos corresponde.

A nosotros, uno de los oficios más bellos y gratificantes que existe, pero a la sociedad acompañar no solo el proceso de aprendizaje de las generaciones más jóvenes sino en la revalorización del rol docente. Creo que a todos nos va la vida en esto, a los padres por sus hijos, a los abuelos por sus nietos, a los tíos por sus sobrinos y a los hermanos por sus hermanos.

Por último quiero compartir con Uds. unas palabras del recientemente desaparecido Premio Nobel José Saramago: "(...) me cuesta trabajo entender por qué la enseñanza hoy, de un lado y del otro, del lado de quien enseña y del lado del que aprende, no está cumpliendo lo que debe concebirse como la misión fundamental de la escuela: formar personas. Más que formar abogados, ingenieros o financistas, o economistas o publicitarios o todo eso, la gran tarea debería ser formar personas. (...) No se puede enseñar con dignidad con clases con cincuenta o con sesenta o con setenta estudiantes. No se puede. Trabajar con más de veinte alumnos ya es arriesgado. Si tienes setenta estudiantes en la clase, tú ya no sabes quiénes son, por más empeñado que estés en tu trabajo y por mucho cariño que tengas por ellos. No llegarás a saber quiénes son, te faltará el contacto, una relación humana... (Saramago: 2003:33)

Bibliografía.

HALPERÍN, J (2003) Conversaciones con Jorge Halperín. Saramago: "soy un comunista hormonal". Buenos Aires, Le Monde Diplomatique.

JAIM ETCHVERRY, G. (1999) La tragedia educativa. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

REYES, R. (1967) El derecho a educar y el derecho a la educación.
Montevideo, Alfa